LA INOCENCIA



—¿Quiénes son estas jóvenes hermosas,
parecidas las dos, como dos rosas?
—Mis hijas.
—¿Y hace mucho, desdichado,
que con estas doncellas vas cargado?
—Quince años... casi toda su existencia.
—¡Por Alah! pues seguro y satisfecho
debes estar así de su inocencia.
—Sólo respondo, á fuer de hombre honrado,
de ésta que llevo aquí, sobre mi pecho.

EPIGRAMA

—Oye tú, dómine en ciernes:
¿pueden sumarse también
las letras, como los números?
—¡Claro que sí!
—Pues á ver,
suma *a*+*e*...
—Ya he sumado.
—¿Qué suma te arroja?
—*Æ*.

HERÁCLITO Y DEMÓCRITO

Yendo Heráclito llorando
del ruido del mundo huyendo,
vió á Demócrito riendo
del mundo el ruido buscando.
—Con esa jovialidad
¿adónde vas, imprudente?
—Yo voy buscando á la gente.
—Yo busco la soledad.
Mi condición no resiste
la sociedad ni un momento,
pues la gente que frecuento
siempre está triste, muy triste.
Apretado el corazón
de pena horrible suspiro;
pues donde quiera que miro
hallo llanto y aflicción.
No quiero ser más testigo
de este horrible desconcierto;
por eso voy á un desierto
llorando á solas conmigo.
—Pues no sé por dónde irás;
yo sé decirte de mí
que por doquiera que fuí
no he visto llanto jamás.
De las penas endiabladas
que te afligen, no hago caso,
y siempre por donde paso
voy riendo á carcajadas.
Yo la risa franca adoro
y como me ven contento
en los sitios que frecuento
todo el mundo me hace coro.
—¿Tú nunca has llorado?
—No;
ni he de llorar en mis días.
—De seguro llorarías
si fueras donde fuí yo.
—Pues como de mí te fies
he de buscarte consuelo;
anda con los que yo suelo
y verás cómo te ríes.
Vén á Atenas, que has de hallar
allí gente alegre.
—¡Sí!
¡precisamente es allí
donde me han hecho llorar!
Otro filósofo (fuera

quien fuese, no importa nada)
metiendo su cucharada
les habló de esta manera:
—Todo es inútil; en tanto
que ese carácter tengáis
hallaréis donde vayáis
tú carcajadas, tú llanto.
Y no achaquéis á los otros
lo que á vosotros debéis,
porque el humor que encontréis
lo lleváis siempre vosotros.
Aunque de ella desconfíe,
no es la gente tan traidora
que ría con el que llora
ni llore con el que ríe.
Cambia, Heráclito, al instante,
porque el mundo es un espejo
que nos da siempre el reflejo
de lo que tiene delante.
—Es verdad.
—Bien lo comprendo.
Dijeron, y meditando
se fué Heráclito llorando
y Demócrito riendo.

Madrid, 1888.

JOSÉ ESTREMERA.

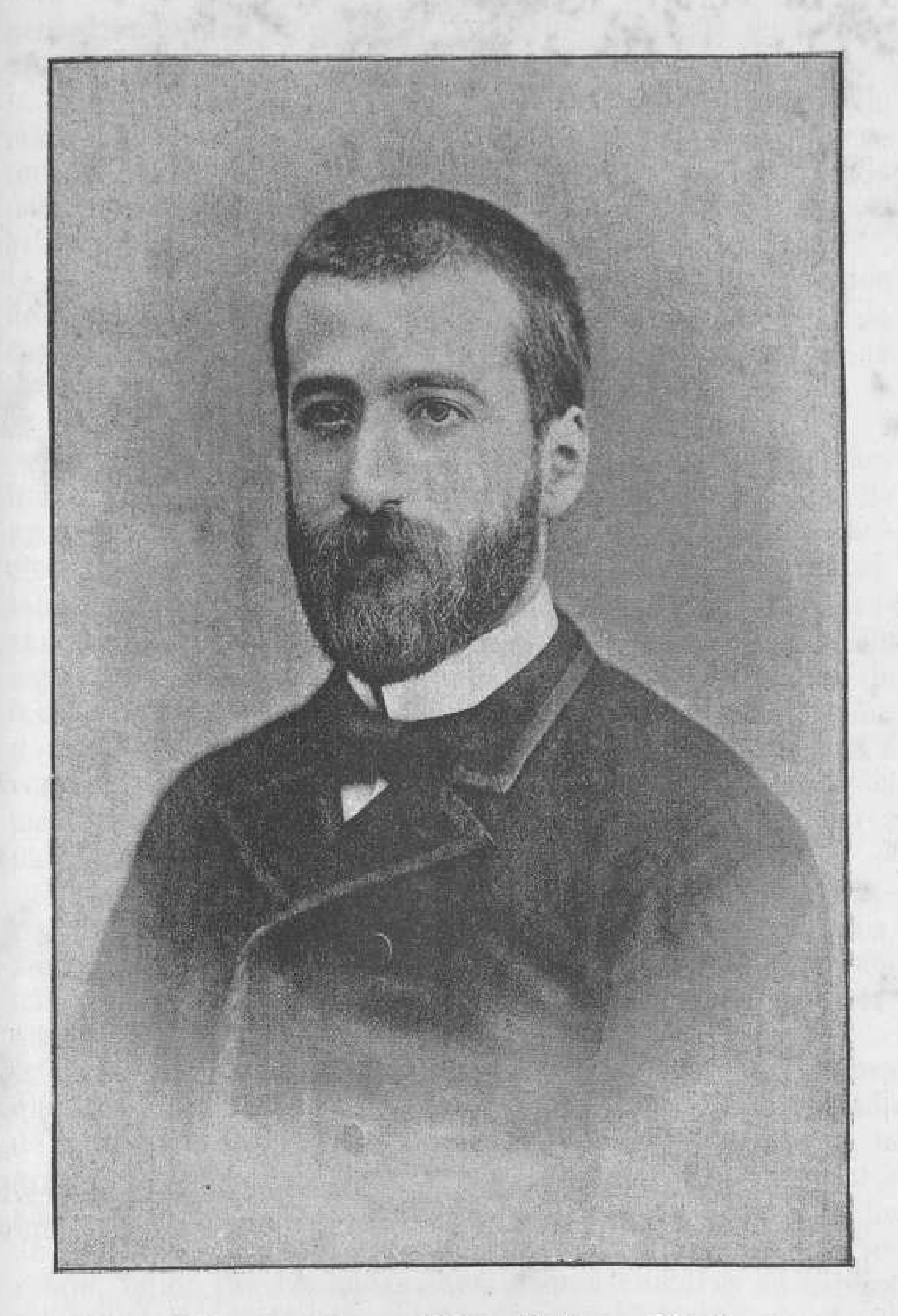
EN UN ÁLBUM

Miré tus ojos
sólo una vez,
y casi, casi jurarte puedo
que me quemé.

Con esos ojos
que Dios te dió,
y que más rayos despedir saben
que el mismo sol;
no el parque vayas
á visitar
porque, de fijo, que el centinela
te grita:—¡Atrás!
cabo de guardia!
volando aquí!
que á incendiar vienen la dinamita
del polvorín.
De una desgracia
líbrenos Dios...
Con esos ojos aquí no se entra..
porque hay peligro de una explosión.

Lima, 1888.

RICARDO PALMA.



D. Marcelino Menéndez Pelayo

EMINENTE LITERATO ESPAÑOL



LA MUJER ARGENTINA

«La mujer es la humanidad vista por su lado bonancible.»—V. H.

I

La acción de la mujer en la vida de las naciones es lo que constituye la poesía de la historia. Bajo este concepto, la historia argentina es un verdadero poema.

II

Lamartine habla, no recuerdo bien si en sus célebres *Girondinos*, de la transformación del sueño de un poeta en realidad viviente. Así, Carlota Corday, viene á ser el

pensamiento de Corneille hecho carne, mediante misterioso proceso efectuado á través del tiempo.

Un día calculó un navegante nueva vía para el viejo mundo, y una reina soñó un mundo nuevo. El cálculo pertenece á Colón, el sueño á Isabel I de Castilla. Del cálculo del uno y del sueño de la otra nació América, el más grande y más legítimo orgullo del planeta.

La mujer americana viene á ser así la transustanciación del pensamiento de la más grande mujer europea; la espléndida realización de sus ensueños, un destello de su bello espíritu irradiando á través de la más bella forma.

. . . .

No son necesarios grandes estudios etnográficos para inquirir el origen de la mujer caucásica en América: ella proviene del Mediodía de Europa, es hispano-árabe. Facciones acentuadas, ojos grandes y rasgados, mirada intensa, labios encendidos y entreabiertos, como hechos para expresar hermosos pensamientos y vehementes deseos, proporción escultural, movilidad de músculos correspondiente á la febril movilidad de su espíritu, sentimiento, imaginación, y cierta independencia ingénita y rebelde que la arrastra á romper con todo convencionalismo restrictivo de la amplia manifestación de su vida interna. ¿Y por qué ha de velarse una vida que es toda belleza y poesía?

Tampoco se necesita gran competencia sobre indumentaria para que, un detalle de su vestido, un detalle que es, sin embargo, el vestido todo, más que el vestido la personalidad típica, para que ese detalle nos denuncie inmediatamente su progenie.

Anda una tradición poética por Andalucía que asegura que Dios, Mahoma, aquel que diz poseía un Edén poblado de hermosísimas mujeres; un Genio, quizá el Genio de la gracia y de la belleza, hizo entrega un día, á la mujer andaluza, de un paño sutil, flexible, ondulante, como hecho de corpúsculos de misteriosa naturaleza, semejante á un celaje, tejido por las hadas, destinado á envolver su cabeza sin ocultarla, dejándola entrever, probablemente para que el rostro semidivino no estuviera en contacto directo con la mirada humana, y concedió á aquella mujer el monopolio de este atavío. ¡Y la mantilla española, en la cabeza de la mujer americana, está en su trono!

Y bien, sí; sobre aquella tierra andaluza, á la vista del

último hogar árabe en tierra española, fué decretada la redención de América, encerrada por el mar en el aislamiento. De sus puertos salieron los primeros é intrépidos cruzados; allí fué vista, soñada, anhelada; los primeros efluvios de la atmósfera moral y física de Europa de allí vinieron; las carabelas mandadas por Colón trajeron el pensamiento y el aire de Andalucía. En suma: de allí proviene la primera mujer de raza europea que aparece en el continente americano.

Y no degenera la criatura exótica, no. La mujer del Mediodía, de complexión ardiente, de ensueños orientales, de nerviosidad delicada, hecha para vivir en la atmósfera tibia, embriagarse con el aire impregnado de perfumes, gustar los manjares sazonados y recibir la cristalina luz á torrentes, buscó, en el Nuevo Mundo, el clima cálido, el cielo azul, la luz esplendorosa, el suelo palpitante de vida, sombreado por bosques de naranjos y de palmeras, cruzado de arroyos cristalinos y ríos caudalosos, poblado de pájaros que llevan en su pluma todos los colores del iris y en su garganta todas las notas de la escala. No fué al Norte: se dirigió al Mediodía. ¡Estaba en su antiguo hogar engrandecido, sublimado!

III

Y fué aquí lo que allí fué: modelo de belleza, de gracia y de pasión; inteligencia abierta á todas las grandes ideas; imaginación que refleja todos los objetos embelleciéndolos; corazón lleno de vida, y viviendo de amor, el cual es su esencia, su luz, su aire respirable. Fué por esto, y es, como la mujer española, y más que ninguna otra mujer de la tierra, el genio del hogar, la heroína de la familia, la musa del amor y del valor patrióticos. Esposa amante, madre exaltada, hija cariñosa, su existencia está vinculada al hogar por todos estos lazos.

Y la patria es una dilatación del hogar. Por eso ha sido siempre la musa del valor patriótico.

La historia la ha visto: ha visto á la antigua patriota europea resurgir en América; la ha visto y ha recogido, enternecida y asombrada, su acción gloriosa, y estereotipado su amor, su heroísmo, su desesperación. Ella ha visto la guerra de un ejército contra un pueblo, del soldado

contra el ciudadano, de la barricada contra el hogar, del proyectil de combate contra los objetos de la casa, testigos del amor, consagrados por la vida y convertidos, por la desesperación, en elementos de matanza.

El hogar venció al ejército, y á uno de los primeros ejércitos del mundo. Esta victoria pertenece á la mujer, que ha sido el alma de ese hogar, su vida, á veces su acción. Esta heroína es ya más que la mujer americana, es la *mujer argentina*. Es el genio del hogar que apareció siglos pasados en Numancia, que aparece hoy en Buenos Aires, que aparecerá mañana en Zaragoza.

Y triunfó aún después de la acción, triunfó por la piedad, después de haber triunfado por la guerra, recogiendo los heridos, trocados de enemigos en huéspedes, brindándoles con el hogar que acababa de defender contra ellos mismos, curándolos, asistiéndolos, volviéndolos á la vida.

Después de la guerra de la ciudad vendrá la guerra de la patria. Ella tiene su puesto al lado de la cuna de sus pequeños hijos y del lecho de sus ancianos padres. Seguirá á los guerreros con su pensamiento, con sus zozobras, con sus dolores, con sus lágrimas; los defenderá con sus oraciones, los alentará con sus esperanzas; y como el pensamiento y el alma han menester de símbolos materiales que les den vida representativa, bordará los estandartes que, como la visión de su espíritu flotando en el espacio, han de conducir las legiones al combate. Del mismo modo, años después, una joven, bella y amorosa mujer andaluza, daba también, á la libertad de su patria, su alma en un símbolo, después su vida.

IV

Los rasgos especiales que caracterizan á la mujer argentina se destacan ya de los lineamientos generales de la mujer americana.

Con el nacimiento de aquella nacionalidad se acentúa más esta figura.

El guerrero había conquistado la nación para su pueblo; el legislador iba á dictar las leyes que reglamentaban su vida. Lo que no se conquista por la espada ni se obtiene con la legislación; el sentimiento generoso, la inspiración

sublime, la edificación del hombre interno, es decir, casi toda la obra nacional; eso pertenece á la mujer.

Después que un pueblo nació á la vida de la nación, los esclavos nacían á la vida de la libertad. Las nobles damas de Buenos Aires, las grandes patricias, fueron indemnizadas por el valor de los que una caduca legislación equiparaba á mísera mercancía. Ellas, espontáneamente, por inspiración súbita, destinaron esos valores á erigir un monumento que conmemorara el doble natalicio: el natalicio de una nación y de una raza. Tal es la pirámide de «Mayo» que se levanta en la plaza de este nombre, especie de sacra pila bautismal, respetada hasta hoy por la urbanización y el ornato público modernos.

Un gran estadista, un hombre de corazón, por intuición poética quizá, y participando de la máxima de Lamartine cuando dice que «hay más política práctica en un canto de Homero que en todas las utopias de Platón,» confió á las matronas de Buenos Aires la dirección de las escuelas del Estado. Así edificó esa mujer á este pueblo, siguiendo al niño constantemente desde la cuna hasta la escuela, desde la infancia á la edad adulta, presidiendo el desenvolvimiento de su corazón y de su inteligencia, imbuyendo en ellos su amor, su entusiasmo, su piedad, su virtud, el pensamiento de la época, y preparándolos para recibir todas las generosas expansiones y todas las grandes ideas.

Ha perdido ya su acción pública en la enseñanza de la niñez; pero su obra providencial y bella subsiste allí donde la virtud, la civilización y la vida la reclaman. Forma aún el sublime tribunal que discierne premios á la virtud instituído por el inmortal Rivadavia. No hay un establecimiento de beneficencia donde su acción no se haga sentir; habiendo muchas que han hecho de la caridad un sacerdocio, la vocación constante de su vida; y ella, que posee sentido delicado y gusto exquisito, y ama lo bello por complexión artística, y los adornos y las joyas no por su valor sino por su hermosura, ella frecuenta, más que la mansión del placer y de la belleza, el antro de la miseria y la mansión del dolor, llevando á todos los lugares míseros, tristes y oscuros, el bienestar, el consuelo y la luz.

La legislación moderna y los progresos comerciales han traído á estas regiones gérmenes de todas las razas de la tierra: el tipo primitivo subsiste siempre, fundiéndose en

él, al calor de ese sol ardiente, los nuevos caracteres. Las razas del Norte han dado más blancura y morbidez á su tez y más suavidad á sus líneas; pero subsiste su genialidad, su complexión, su entusiasmo y generosidad ingénitos, generadores de los bellos sentimientos y de las nobles acciones.

Podrán venir días de vacilación y de prueba para este gran pueblo; pero, pues que la *mujer argentina* histórica subsiste, él habrá de realizar los destinos reservados á los primeros pueblos de la tierra.

MANUEL A. BARES.

Buenos Aires, 1.º de Junio de 1888.

CABOS SUELTOS

La música alemana,
expresión nada más que del talento,
no eleva el alma, eleva el pensamiento.
La música italiana,
de sentimiento inagotable fuente,
eleva el alma en emociones tiernas...
La música francesa únicamente
nos eleva las piernas.

*
* *

Al vender en la calle á un caballero
un muchacho *La Prensa*, le decía:
—No tengo cambio; pagará otro día.
—¿Otro día, granuja? ¿y si me muero?
(El granuja, pensando en su dinero):
—¡Poco se perdería!

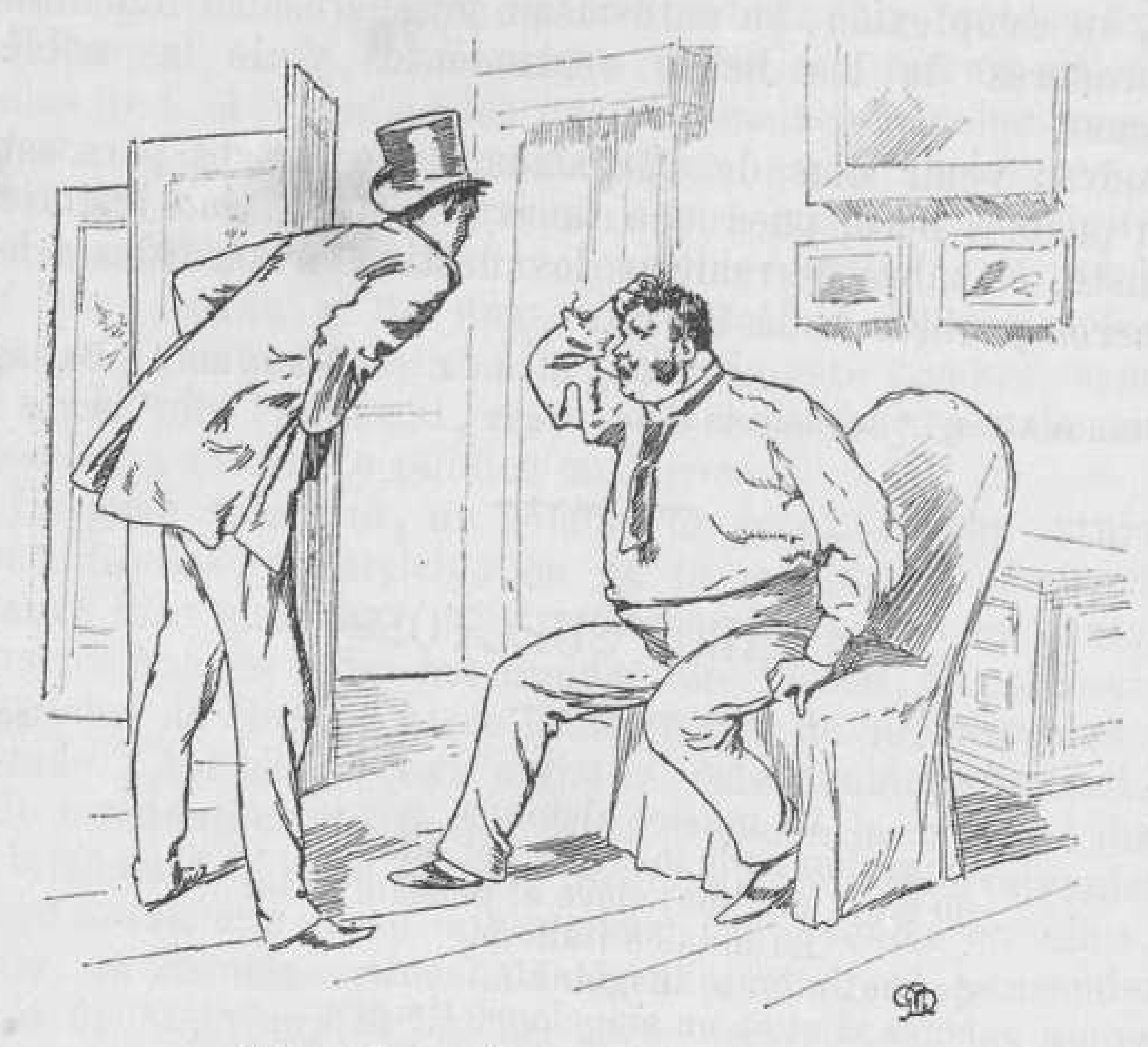
*
* *

El barro de la calle
ya no te asusta,
porque en tu coche, hermosa
las calles cruzas.
¡Qué alegre pasas,
sin pensar que ahora llevas
barro en el alma!

F. LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires, 1888.

CUESTIÓN DE FALDAS



—¿Te soplaron la dama, Veremundo?
—Sí, ¡voto á san! y en mi rencor profundo
á mi odiado rival matar deseo,
pues los dos no cabemos ya en el mundo.
—Si está tan gordo como tú... ¡lo creo!

EPIGRAMA

—¿Dos días de casa ausente?
yo quiero saber, Nemesia,
dónde estuviste.
—En la iglesia.
—¿Desde anteayer?
—Justamente.
¿Qué te extraña? ¡Pues qué! ¿Ignoras
que es mucha mi devoción?
—¡Larga ha sido la función!...
—Estuve en *las cuarenta horas*.

EL ÁGUILA Y LA BALA

FÁBULA

Dicen que apostó una Bala
con una Águila á volar,
que súpola contestar:
—«¡Vete, plomo, enhoramala!
¿Quién estas plumas iguala
con que hasta los vientos domo?
Mi cuerpo de tomo y lomo
verás dónde tú no subes;
que eso de andar por las nubes
no es para un *ave de plomo.*—
Tomólo por bobería
siempre la Bala en sus trece,
diciendo: —«¿A quién se le ofrece
negarme la primacía?
Pues ¿no es más claro que el día
que nunca mi vuelo igualas?
En mal camino resbalas,
ave infeliz, porque, en suma,
si son tus alas de pluma,
de pólvora son mis alas.—
Ni el ave la lucha esquiva,
ni la Bala se convence.
—¿Probamos á ver quién vence?
—¡Arriba!—¡Vamos arriba!—
Subió la Bala tan viva
que dió á su rival enojos,
pues, para causarla antojos
y centuplicar sus quejas,
fué un estruendo á sus orejas
y un relámpago á sus ojos.
Subió el Águila con calma
cuando la Bala caía,
y le dijo: —«Amiga mía,
¿quién se llevará la palma?
si te hundes en cuerpo y alma,
por mi parte no desmayo.
Haz, pues, de tu capa un sayo;
pero que adviertas es bueno
que *quien sube con el trueno*
suele bajar como el rayo.

JUAN MARTÍNEZ VILLERGAS.

EL AMOR
EN EL
MATRIMONIO

Es una lástima que el hombre y la mujer no pertenezcan á la familia vegetal de las palmeras, que se aman sin necesidad de hacer vida común, y hasta tienen, gracias al polen de las flores de la palmera-macho que el viento se encarga de depositar en los pistilos de la palmera consorte, dátiles de bendición. ¡Calculen nuestros lectores los disgustos que se ahorrarían queriéndose á respetable distancia y haciéndose el amor por señas! Mientras otro Pasteur no descubra la vacuna contra las rabietas, como se ha descubierto el antídoto contra la rabia, pasarán los matrimonios las penas del purgatorio con los soponcios y sofocaciones á que da margen á menudo la unión estrecha de dos seres que se aman... al parecer, y que aprovechan el motivo más trivial, el pretexto más baladí, para reñir y no hablarse en varios días... con sus noches respectivas, que es peor.

Antes del matrimonio nada altera la armonía de dos corazones que se quieren y que laten al unísono; los que están en vísperas de casarse tienen siempre, por lo general, los mismos gustos, y sus caracteres parecen calcados el uno sobre el otro; sus sentimientos hacen causa común y no se observa entre ellos la menor desinteligencia; la mujer participa de las aficiones del hombre, y hasta de sus resfríos; pues si entre los suspiros que él exhala suena un intempestivo estornudo, lo que no deja de ser una salida de tono, la sensible doncella, si es doncella, se constipa también por simpatía. No hay novia en estado de larva á quien incomode el humo del cigarro... algunas llevan su abnegación ó su falsedad hasta el extremo de morder con

sus dientecillos de ratón la punta de ese cigarro, causa después de no pocos sermones y quejas amargas; dan algunas chupadas, y lanzan al aire, con gracioso ademán, una columnilla de humo azul, entre las risas del novio, el disgusto consiguiente de la mamá, aunque velado por una sonrisa diplomática, y las lágrimas de la *fumadora*. Si la familia sienta á la mesa al prometido de la chica, es de ver cómo se armonizan los gustos culinarios de la chica y del chico: no discrepan ni en un rábano, ni en una aceituna; verdad es que comen poco, porque el apetito viene mucho después, cuando se hunde la luna de miel en su ocaso y clarea el día del desencanto amoroso; pero en sus disertaciones del género bucólico, durante la comida, en que sólo hablan de amor los ojos... y á veces los pies, coinciden ambos en los mismos gustos, y resultan partidarios de una misma escuela culinaria, por más que el estómago proteste en silencio contra ciertas atrevidas aseveraciones de los labios, en tal momento esclavos obedientes de la pasión.

Uno y otro se hacen toda clase de concesiones y transigen mutuamente con sus debilidades; las fealdades del alma se ocultan ante la luz que destellan los ojos, como las sombras en presencia del sol; el amor es un espejo mágico que sólo refleja rostros de ángeles; los defectillos que se notan en ese período álgido de la pasión son como los lunares en una cara bonita: hacen gracia. Pasada la primera efervescencia del amor, ya es otra cosa; lo que se creyó lunar resulta berruga, y no hay corazón, por despreocupado que sea, que transija con esas extravagancias plásticas de la Naturaleza.

Llega por fin el solemnísimo cuarto de hora del matrimonio; echa el cura la bendición á los novios, no sabemos si para santificar su unión ó para sacarles los diablos del cuerpo, y aplica Himeneo su antorcha al corazón de los recién casados, haciéndole estallar en fulgurantes miradas que resplandecen en las pupilas como fogonazos, y en encendidos besos que hacen explosión en los labios como globos de fuego, pirotecnia que dura hasta que se agota la pólvora del entusiasmo; después... después la luna de miel desciende majestuosamente á su ocaso; las ilusiones dejan de aletear en el alma, Himeneo sopla en su antorcha, cesa el rumor de besos y se acaba el primer acto del drama matrimonial. En los restantes, el amor á veces no tiene papel.

Pasado el primer delirio de la pasión, lo primero que

recuerda el marido es que ha sido soltero. Cuanta mayor fidelidad encuentra en su esposa, cuanto más ésta le mima, peor, más se echa á perder; en todo matrimonio hay un tirano y una víctima; si el hombre deja que su mujer se le suba á las barbas, es hombre al agua; si la mujer se duerme sobre los laureles del amor, al despertar se encuentra con que su marido ha dado un golpe de estado y se ha hecho dueño de la situación; como en el mar y como en la política, que es también ¡la mar! el pez grande se come al chico; por eso el marido, que es un atún, no tarda en ser engullido por el cetáceo de su mujer.

Al hombre le cuesta mucho amoldarse al régimen conyugal, y nunca le faltan pretextos para abandonar el hogar; cuando no son los negocios que trae entre manos, de carácter mercantil... ó coreográfico, es algún amigo enfermo y en inminente peligro de muerte, que le espera... en el club; hay mujeres á quienes se les hace también muy cuesta arriba estarse quietecitas en sus casas como Dios manda, y cuando no es una amiga de la infancia... ó de la infantería la que les aguarda para ir á tiendas, es cualquier otro asunto que las obliga á salir de casa, aunque sus esposos salgan también, no de su casa, precisamente, sino de sus casillas: hay caballeros y señoras que nada tienen que echarse en cara al respecto.

Por regla general, á la mujer dócil, y buena, y amante de su esposo, tócale en suerte, ó en desgracia, un pícaro; del mismo modo que al hombre de buena pasta y confiado hasta la miopía y prendado de su compañera, le toca una culebrona. En muchísimos matrimonios sólo uno carga con la cruz, sólo para uno hay corona de espinas y calvario; el otro... el otro se va á tomar el fresco.

Hay devotos de la mujer propia, ante cuyos altares, llenos de luces y flores, se arrodillan con expresión angélica, con aire seráfico, y se entregan fervientes al culto de su cariño; pero que aprovechan, empero, cualquier... *ganga*, sin sentir en la conciencia la aguda espada de los remordimientos, y encienden un par de velas al diablo, si el diablo se les presenta disfrazado de mujer; el corazón de esos maridos está siempre abierto de par en par para la primera que se hace la encontradiza; es una especie de posada donde cualquier amor vergonzante encuentra puesta á todas horas la mesa del cariño. Más de un marido hay que goza

fama de bendito, que tiene cierto olorcillo á santidad... y es capaz de fraternizar con todas las potestades infernales.

Pasada la embriaguez que trae consigo la luna de miel, el amor se convierte en una especie de vino aguado que difícilmente se sube á la cabeza: por eso los aficionados á la *bebida fuerte* no pueden acostumbrarse á él y hacen continuas excursiones al corazón de otras mujeres, que frecuentan como si fuese una taberna. Cuando la mujer se vuelve arisca y huraña, como acontece muchísimas veces, el tal amor no es ya ni siquiera vino aguado, sino vinagre, y de tal calidad, que no hay quien le resista.

Seguramente el hombre sería más consecuente y más leal si encontrase en su hogar tranquilidad y cariño; si su mujer se olvidase de que es su mujer y le tratase como amante; si reavivase la amortiguada llama de la pasión con el vientecillo de sus suspiros; porque el hombre es siempre niño, y si no le hacen fiestas en casa, no es difícil encontrarle; como niño que es... con alguna niñera.

Hay novios que han cursado la asignatura del amor durante diez y doce años, sin dejar de quererse un solo instante, sin interrumpirse la armonía entre ellos, sin extinguirse la llama de la pasión entre chisporroteos de quejas, sin que el hastío y el cansancio hayan roto los lazos que unían estrechísimamente sus almas; pero que al mes de casados se han tirado los platos á la cabeza, levantándose en armas uno contra otro; lo cual debe consistir sin duda en que una vez decapitado el deseo por la posesión y enterrado piadosamente por el hastío, el amor baja de una manera sensible en el termómetro de la vehemencia, y libres de su yugo avasallador, cada cual se siente arrastrado por otras pasiones de distinta índole, que recuperan su imperio y de que son débiles juguetes el hombre y la mujer.

Una vez dueños uno de otro, ya no tienen interés en ocultarse sus defectos, en hacer agradable su trato para asegurar su mutua posesión, y se presentan *al natural*, tales cuales Dios les hizo, convirtiéndose á menudo las pláticas amorosas en agrias disputas por nada, los arrullos en arañazos, las miradas de amor en miradas de basilisco y la jalea del cariño en el jaleo de la reyerta, hasta que vuelven á hacer las paces, las cuales se celebran con música de besos, luminarias en los ojos y demás regocijos públicos... y privados, hasta que de nuevo vuelven á reñir... y así consecutivamente.

La vida conyugal no es más que una serie de batallas más ó menos reñidas, indispensables, después de todo, para hacer más sabrosas las horas de paz que se disfrutan, y en las que el amor, sobreponiéndose á todo otro sentimiento ruin, recobra su imperio... hasta que otras pasiones bastardas le obligan nuevamente á abdicar y le condenan al destierro de la indiferencia.

El amor en el matrimonio sufre constantes eclipses, visibles en el barrio, cuando se trata de gente de baja ralea; pero tratándose de gente bien educada, es otra cosa: la procesión del escándalo no sale á la calle... anda por dentro.

Casimiro Prieto.



EPIGRAMA

—Hombre, ¿no te da vergüenza
de llevar esta levita
que estrenastes hace tiempo
y que peca ya de antigua?
¿por qué no imitas á Juan,
el esposo de tu prima?
—¿Pues qué hace?
—Seguir las modas.
—¿Las modas? ¡me lo temía!
porque el caso es que le encuentro
á menudo... con modistas.

EL MENDIGO



—Sígame usted sin chistar.
—¿Por qué? la causa no acierto...
—Porque mendiga.
—¡No es cierto!
—¿Pues qué hace usted?
—¿Yo? ¡cantar!
—Por más mentiras que ensarte,
es inútil; le ví á usté
extender la mano.
—¿Y qué?
¿y la mímica? ¿y el arte?

CANTAR

No hay novia que no sonría
al prójimo que la quiere,
quizá para acostumbrarse
á *enseñar* al tal los dientes.

LAS TRES CORONAS

CANCIÓN Á BUENOS AIRES

Cuando la nave de Colón surcaba
camino de la América los mares,
dulcemente besaba
el aura matinal la blanca vela;
el ave acompañaba
con armoniosos trinos y cantares
al rudo marinero
de la audaz carabela,
y espejo de cristal era el sendero
que señaló con imborrable estela.

—

Para eternal memoria
de la latina gente,
un mundo despertaba con el día;
y desde el trono de su excelsa gloria,
el Dios omnipotente
un triunfo más del genio bendecía.

—

Cuando Colón de América volvía
la vez primera, el huracán estalla;
perdido el derrotero,
una nave se hundió, y otra se encalla;
y en el barco tercero,
cruje el palo mayor que azota el rayo,
rasga el viento la vela temeraria,
y con mortal desmayo,
viendo que el negro mar ser tumba quiere,
murmura el marinero su plegaria.

—

La vez segunda, el inmortal marino
regresa encadenado...
la mezquindad del corazón de un hombre
esas torpes cadenas ha forjado.
¡Contraste misterioso del destino!...
Cuando Colón desanda ese camino,
que fué para él la calle de Amargura,
ve con místico horror que en cruda guerra
vienen á combatirle sus anhelos
¡todas las tempestades de la tierra
y todos los furores de los cielos!

—

Augurio fué del porvenir sombrío!
que así como las aguas del torrente
desbordadas tal vez, forman un río,

y el río, desbordada su corriente,
convierte en ancho mar la fértil vega,
y el principio de vida
con el inmundo cieno
mezclado y confundido se derrama,
así también el viejo continente
desbórdase en el nuevo: pronto anega
aquella tierra virginal, florida,
que América se llama,
y todo el bien y el mal que hay en su seno,
mezclado y confundido desparrama.

—

Nuevas razas de indómita bravura;
nueva sangre de indómita fiereza,
y nuevas religiones y cultura;
nuevas lenguas y nuevo pensamiento,
y nueva acción briosa
al suelo virgen con ardor traían,
asombrando á las tribus thibetanas
que en Asia y en América dormían.

—

Con esa acción fecunda
las razas nuevas, de mejor aliento,
mientras con brazo colosal medían
los senos de la sima más profunda,
medían con la idea el firmamento.

—

La vieja Europa, pues, que de improviso
su acción, sus lenguas y cultura trajo,
mató la sencillez del paraíso...
es cierto; pero Dios, progreso y vida,
no creó el alma uncida
á la contemplación, sino al trabajo.

—

Y si esa Europa, que el fervor no sacia
de labor y progreso todavía,
no trajo libertad ni democracia,
es porque ella tampoco las tenía.

—

Murieron en Farsalia y Queronea,
y en aquellas hogueras del infierno
que pretendían destruir la idea,
y en esas noches de clamor eterno
en que el vasallo mísero temblaba
acurrucado en el infecto nido;
pero la luz del sol no deseaba,
porque ella la traía al forajido,
que entonces se llamaba caballero,
y torpe las mejillas le cruzaba
con el látigo vil, garra de acero.

—

Convertido el altar en mancebía;
en lágrimas las gotas de rocío

que doraban las mieses de la tierra;
el rey en Dios, en rey el sacerdote;
los fuertes con los débiles en guerra;
la casta en privilegio; y el impío
y el ignorante y lúbrico en azote;
la humanidad esclava...
¿en qué país de Europa, el siglo quince,
de libertad ni de igualdad se hablaba?

—

Pero Cromwell se alzó; Washington luego
lanzó, desde el augusto Capitolio
sobre el duro metal de las cadenas,
para fundirlas, el celeste fuego;
á la voz de Danton, altar y solio
en sus bases graníticas temblaron,
y al rodar de las góticas almenas
todos los pueblos á la vez se alzaron:
robustas voces, de entusiasmo llenas,
¡libertad! ¡libertad! doquier clamaron.

—

El Ohio y el Támesis, sus hielos
al santo grito *¡libertad!* fundían...
las olas del Adriático, irritadas
contra la dura cárcel de los Plomos,
gimiendo *¡libertad!* se revolvían...
y *¡libertad!* el Rhin con voz sonora
cantaba bajo el puente levadizo
de los rudos, germánicos feudales;
y *¡libertad!* el Pó, cuyos cristales
copian de tantas flores el hechizo;
y *¡libertad!* el Tajo rumoroso
al saludar la tumba de Padilla,
y *¡libertad!* el Sena bullicioso
arrastrando en sus ondas la Bastilla;
y el Orinoco luego, y Amazonas,
y el Plata y el Rimac, á un tiempo mismo,
látigos de virreyes arrastrando,
del mar al confundirse en el abismo,
¡libertad! ¡libertad! iban cantando.

—

¡Días de gloria fueron!... ¡Buenos Aires!
De mi Cádiz gentil eres hermana:
casi á un tiempo habéis dado el grito hermoso
que á vuestros hijos con razón ufana.
—*¿Dónde está el pueblo?* en Cádiz se decía;
preso el monarca, la nación ¿qué espera?—
¿Qué aguarda la nación? Ceñir bravía
los timbres de Bailén y Talavera!
También en Buenos Aires, asomado
al balcón de Cabildo, ya glorioso
porque el pendón de libertad ha alzado,
un Síndico decía temeroso:
—*¿Dónde está el pueblo?*—¿Dónde?

Agita esa campana de Cabildo,
y ya verás si el eco sonoroso
en Chacabuco y en Maipú responde!

—

¡Qué tremendo reñir la misma idea!
¡Qué triste batallar la misma raza
en cuya frente el genio centellea!
. . . .
¡Miradlos: ellos son! Del tronco mismo
brazos fuertes, nervudos,
recuerdan á porfía el heroísmo
de aquellos griegos, en la lid tan rudos.
¡Mirad... mirad ese hombre!... ¡Es un soldado...
saludadle de pie: que en su oriflama,
el nombre *¡libertad!* lleva grabado
con letras de oro, y San Martín se llama!

—

En una noche infausta le han vencido,
ha llamado á su ejército, y responde
triste en Cancha Rayada algún gemido:
ha llamado á los pueblos, y resuena
de anarquía feroz un alarido...
...¿doblará su cerviz á la cadena?
¿será que injusto el cielo
del débil la razón burla ó condena?
¡No: no será! El consuelo
viene á encontrar el fuerte
en forma de mujer... mujer hermosa,
que le habla de victoria, no de muerte.
Sus hijos, sus alhajas, sus tesoros,
su mismo débil brazo, á semejanza
de tantas otras, que morir supieron
junto á aquél que con alma generosa
amaron como el sol de su esperanza,
todo eso ofrece y más, si más tuviera
que su sangre ardorosa,
porque triunfe su azul blanca bandera!

—

San Martín, sonriendo,
mas no admirado, porque ya conoce
á esa mujer latina,
que es poema de amor y de heroísmo,
la mano de la hermosa
con amor y respeto á un tiempo mismo
besa: y al suave roce
se siente renacer con fuerza nueva...
la fuerza de un gigante
que el peso colosal de un mundo lleva,
y dice á sus soldados:—¡Adelante!
La causa de la América no muere...
de redención el pacto está sellado:
lo quiere la mujer. . ¡y Dios lo quiere!
Pronto esa noche lúgubre ha pasado...

y tras el alba, que gentil clarea,
súbito el sol de libertad, ansiado,
en la cumbre del Andes centellea!

—

Epopeya gigante
que está por escribir, americanos,
fué vuestra redención: mas fué pujante
lid amarga de hermanos con hermanos:
no de la gloria os ciegue el devaneo,
hasta negar lo grande del caído:
que siempre la grandeza del trofeo
se mide por la talla del vencido!

—

¡Miradle!... Ya abandona el continente
para siempre jamás, como soldado:
...¿quién es ese valiente,
el último vencido y no domado?
Con férrea constancia,
ya solo, sin recursos, sin navíos,
en el Callao revivió con bríos
los días de Sagunto y de Numancia.
Ese es Rodil... el fuerte y caballero:
perdido todo en Ayacucho, y todo...
la tierra, el cielo, el mar en contra suya,
ni el hambre, ni la peste, ni el rugido
del bronce matador, doblarle pueden...
no se dará, tenaz, como rendido
mientras que, sosteniendo el estandarte,
algunos brazos animosos queden!

—

Mirad... él es... ya capitula y parte...
lentamente á la playa se encamina:
no con vergüenza, con dolor profundo,
la noble frente sobre el pecho inclina:
¿será el dolor tal vez que el padre siente
cuando un hijo su sien abofetea?
¡No! que también el vencedor valiente,
ante aquella bandera desgarrada,
sangrienta y polvorosa,
al saludarla con cariño, honrada
una lágrima vierte y generosa!

—

¡Grandeza por grandeza, americanos!
A esa noble bandera,
que ya no es estandarte de tiranos,
y á ese último soldado de Castilla
que frente á San Martín lidió con brío,
pide les concedáis, el canto mío,
un alto honor que al vencedor no humilla:
un saludo de amor que á la honra cuadre
para ese buen soldado,
que es vuestro padre, herido en la mejilla,

herido con razón... ¡mas vuestro padre!

—

Bien, Buenos Aires, la mural corona
ceñiste en mayo: lauro merecido,
que tan honrosos timbres eslabona,
entre el ayer de tu progenie clara,
la ibérica, la ilustre, la bravía,
y el porvenir que en tu loor depara
el mágico esplendor de hermoso día.
Mas... ¿por qué lloras, dí, con amargura,
y apenas libre el brazo vigoroso
en nuevo esfuerzo debatir te veo,
y á la orilla del mar, gimiendo á solas,
para aliviar las ansias del deseo
se las confías á las turbias olas?

—

Cuando mi humilde lira
el ritmo quiere oir de tus cantares,
para beber en ellos
su pobre inspiración, virgen guerrera,
¿por qué tu labio con dolor suspira?
¿Por qué tus manos mesan los cabellos
que perfuman las auras tropicales,
y gritos de dolor oigo doquiera
en lugar de los cánticos triunfales?
¿Qué ha sido de tus héroes?... ¡Responde!...
¡Silencio, Musa!... Respetar te toca
el amargo pesar de la doliente:
su gemido que á lágrimas provoca,
y esa nube que cruza por su frente
son la sola respuesta de su boca,
como el ¡ay! maternal así elocuente.

—

Liniers, Dorrego, Sucre, Monteagudo,
Iturbide y cien más, bravos cayeron
al filo del puñal ó al plomo rudo:
y allá en lejanas tierras, sucumbieron
Bolívar, San Martín y Rivadavia,
y otros mil y otros mil... que ciertamente
al tiempo de morir, bien merecieron
que de la patria el sol... (¡oh patria mía!)
que de la patria el sol diera en su frente,
ese sol... ¡tan hermoso en la agonía!

—

Implacable Saturno
que devora sus hijos más hermosos
es la revolución; siempre lo ha sido:
y el que dijo que América purgaba
crimen de ingratitud, ése ha mentido!
Ni es criminal la esclava
que sacude su yugo,
ni ingratitud revela
el hijo que demanda sus derechos,

y ante la ley sacude la tutela.

—

Y hermosa ley... ¡qué hermosa,
la que ha engendrado el siglo diez y nueve...
la santa democracia poderosa
que el nuevo mundo de la idea mueve!
Del Gólgota tomando la plegaria,
palanca es fuerte del poder humano,
y el hombre, ante su ley igualitaria,
es un gigante al par, y al par gusano.

—

¿Qué importa que á la caída de un tirano
broten mil tiranuelos á porfía
del fondo de su tumba semiabierta?
¿Acaso la asquerosa podredumbre
no es atributo de la carne muerta?
¿Y acaso cuando el sol, su roja lumbre
después de una tormenta nos envía,
no se muestra el reptil como triunfante?
Pues tras las convulsiones, la anarquía...
y del brazo brutal de esa bacante,
otra bacante vil... ¡la tiranía!

—

Dejad que medio siglo se evapore;
¿qué importa que la América valiente
entre la duda y el temor suspire,
y en cada sueño que forjó su mente
un desencanto con asombro mire?
Si del soberbio Golfo Mejicano
hasta el Plata gigante
es un montón de cráteres la tierra...
y aquí brota un caudillo, allá un tirano,
¡no importa! Buenos Aires, la gloriosa,
la que con voz tonante
á cinco pueblos despertó en un día,
llevará sus pendones adelante:
y tras golpes porfiados y certeros,
el sol de libertad, que se ponía,
Josué segundo, detendrá en Caseros!

—

¡Y basta, Musa mía!
No puede tanta gloria
caber en tu canción: ¿ni quién pudiera,
sin el buril sagrado de la Historia,
grabarla en el metal, no en blanda cera?
¡Pues qué! ¿sabrías, en tan pobre canto,
el límite abarcar del horizonte
donde tiende su vuelo
el pensamiento audaz de esta amazona,
en quien la unión, que es fuerza, tanto puede,
que el más rico florón de su corona
en holocausto de la patria cede?

—

¡Buenos Aires, salud! Piadoso el cielo
te recompense tanto
esta tercer grandeza de tu nombre,
que ya no nazca un hombre
en tu fecundo suelo
que provoque una gota de tu llanto!
Y si lloras un día,
no sea de dolor ni de amargura. .
sea tu dulce llanto de alegría,
viendo que fuerte, unido, rico, ufano,
á la sombra feliz, el argentino,
del código inmortal republicano,
realiza las promesas del destino.

—

El trabajo fecundo
y la áurea libertad, ansia del mundo,
sus nupcias celebraron
entre tus brazos fuertes y amorosos,
y su anillo nupcial te regalaron...
Si algún día, celosos
un hombre, un pueblo, por tu inmensa gloria
quisieran, de su fuerza poseídos,
tu suelo dividir, ó hacerle esclavo,
que el mundo, polo á polo y cabo á cabo,
escarnezca su nombre y su memoria:
¡y sean para siempre maldecidos,
maldecidos por Dios y por la Historia!

Carlos M. de Egozcue.

* * *

Un militar, después de una batalla
de regreso en su casa, refería
todos los episodios de aquel día.
Y al asistente, que le escucha y calla
respetuosamente,
—¿No sabes, le pregunta tristemente,
á quién hizo pedazos la metralla
del cañón enemigo?
A tu mejor amigo,
á tu paisano Paco.
—¡Por vida del dios Baco!
exclama el asistente,
¡y llevaba mi frasco de aguardiente!

—

Yo decíroslo siento:
en amistad, como en amor profundo,
se siente y se discurre en este mundo
lo mismo que el soldado de mi cuento.

F. López Benedito.

Buenos Aires, 1888.

EN UN TEATRO DE PROVINCIAS



—¿Luis XV con armadura?
ni en una casa de orates
se ve tamaña locura.
—¿Y qué?
—¡Vaya una frescura!
¿y la historia?
—¿Y los tomates?

EPIGRAMA

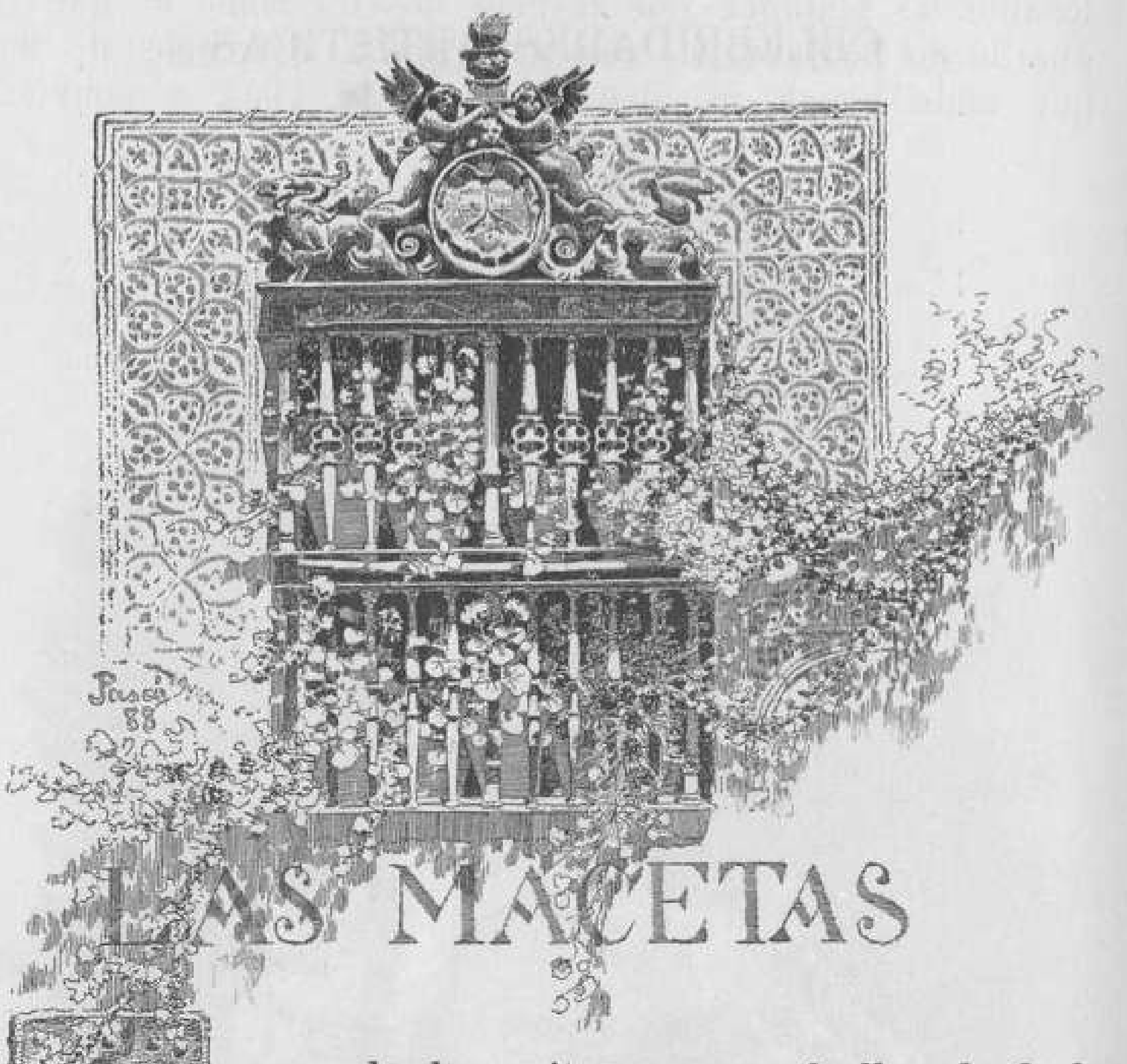
—No seas tonta, Sofía,
y á ver si algún novio cazas.
—Bastante mi pecho ansía,
tener, por fin, compañía...
—¡Lo creo! ¿de cuántas plazas?

CELEBRIDADES ARTISTICAS



Mila Kuppfer

DISTINGUIDA «PRIMA DONNA»



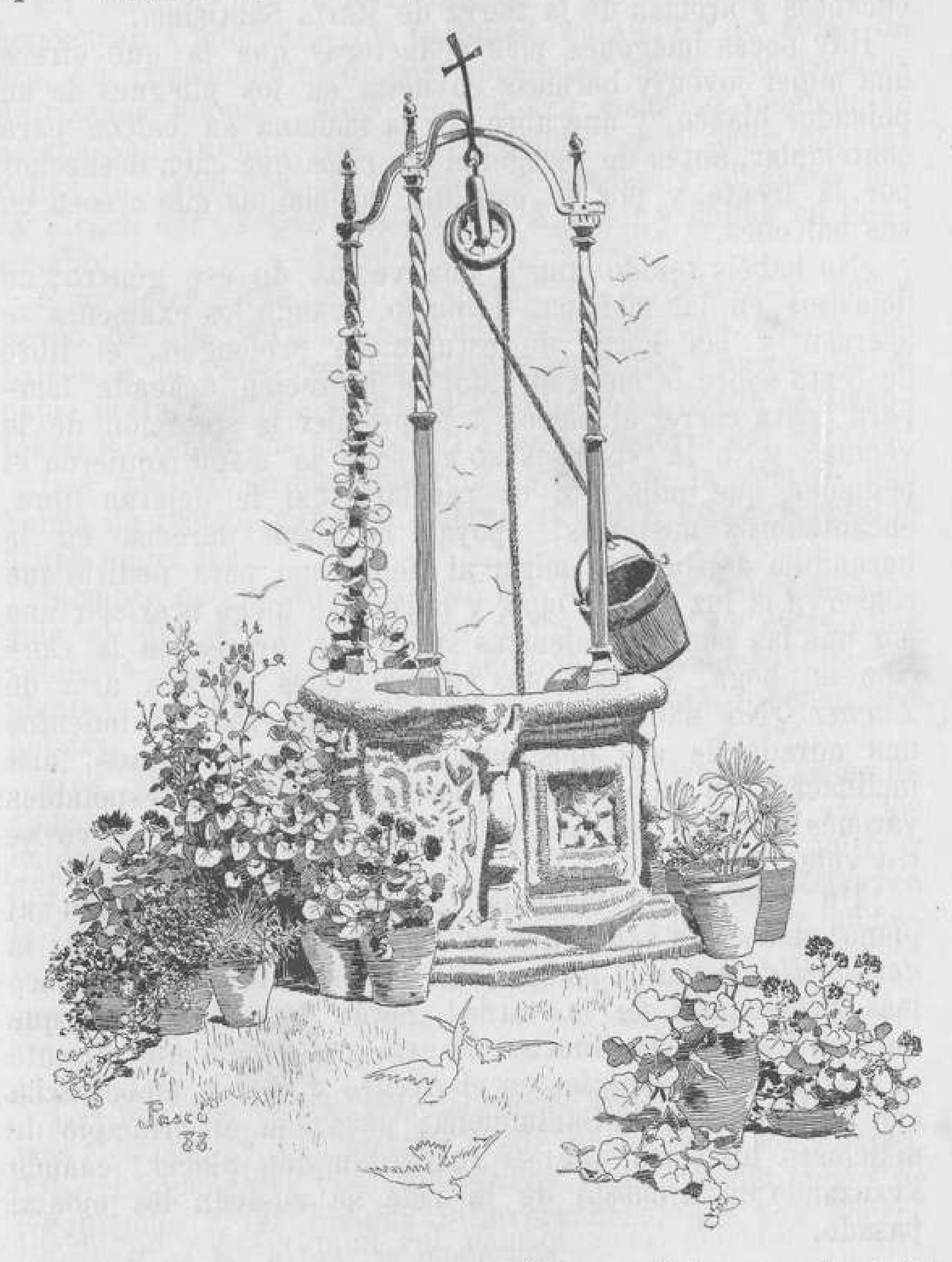
LAS MACETAS

Uno de los gritos con que la llegada de los hermosos días del buen tiempo se anuncian en Madrid, es el de los vendedores que recorren las calles pregonando las plantas de claveles dobles, de alelíes y de pensamientos. Las muchachas, al oirlos, se asoman á los balcones, llaman con sus atipladas voces á los vendedores y renuevan el jardín de la ventana, destruído por el invierno.

La maceta es el jardín de los pobres, y todos los pueblos meridionales tienen gran predilección por esos vasos de barro llenos de tierra donde crecen las plantas y brotan las flores. Ellas adornan las azoteas y los patios de las casas de Andalucía; ellas forman los improvisados bosquecillos tras los cuales cose, pensando en la hora de la cita, la joven que ama, y ellas son entre los viejos muros de la ciudad como una sonrisa de la Naturaleza.

Los patios de Córdoba y Sevilla, las calles de Granada, no se conciben sin la maceta donde crecen pomposos y

lozanos los plátanos que forman doseles como el que resguardó de la lluvia á Pablo y Virginia, ó grupos de flores que embalsaman el aire, recrean la vista y convierten



en altaritos las ventanas, que están completas cuando entre el marco de las flores aparece un rostro hechicero.

Hasta en las casas más pobres de Andalucía, en las que tienen el anafre con la lumbre á la puerta de la vivienda, no faltan macetas de todos los vecinos alrededor del pozo.

Un balcón con macetas parece una página del libro admirable que Salvador Rueda acaba de escribir con el título de *Cielo alegre*, recogiendo en un volumen preciosos colores, encantos y aromas de la tierra de María Santísima.

Hay pocas imágenes más seductoras que la que ofrece una mujer joven y hermosa envuelta en los pliegues de un peinador blanco, y que abre por la mañana su balcón para contemplar, antes de recogerse los rizos que caen deshechos por la frente y por la espalda, las plantas que crecen en sus balcones.

¿No habéis tenido nunca una vecina de ese género; no dejasteis en las mañanas de mayo, cuando los exámenes se acercan y las horas de estudio se prolongan, el libro de texto sobre la mesa al lado de la recién apagada lámpara, para correr al balcón á sorprender la aparición de la vecina? ¿No la visteis sostener con la mano izquierda el peinador, que indiscreto os revelaría, si le dejaran libre, encantadores misterios, apoyar la mano derecha en la barandilla del balcón, mirar al cielo como para pedirle que conserve la luz de sus ojos, y bajándose luego acariciar una por una las plantas, mientras sus labios tarareaban la canción en boga, ó las notas sentimentales de una aria de *Lucia*? ¿No habéis acechado en todos esos movimientos una mirada de sus ojos, una sonrisa de sus labios, una inclinación de su cabeza? Pues os faltan, ¡oh respetables varones! muchas páginas encantadoras en el libro de vuestra vida.

¡Un balcón con macetas, la *Mandolinata* tocada al piano; una carta caída debajo de una planta de alelíes; la *deshabillé* de por la mañana; la bata del tocado ya un poco más pretencioso de la tarde! Serán todo lo cursis que quieran los espíritus fuertes de esta generación que discute el origen de las especies en el Ateneo y que se emborracha con manzanilla en la Sanluqueña; pero son el principio de deliciosas historias que se recuerdan con placer, cuando avanzando en la cuesta de la vida se vuelven los ojos al pasado.

*
* *

En Madrid hay mucha afición á los tiestos; en abril comienzan á adornarse los balcones con alelíes de color de oro, con pensamientos de aterciopeladas hojas, con jacintos de rizadas plumas; luego siguen las azucenas cuando se acerca San Antonio; las rosas cuando va á salir por las calles la procesión del Corpus, claveles y albahaca por la Virgen del Carmen; nardos en Agosto, y dalias en Septiembre.

Esas flores serán gala y adorno en la cabeza y en el pecho de una hermosa, prenda de amor que volará del balcón á la calle con las tiernas palabras escritas en el papel perfumado que se guardará en la caja donde se amontonan los recuerdos que constituyen la historia del corazón.

Las macetas en una guardilla, son como la sonrisa que anima un rostro, como el adorno que hace más presentable á una mujer fea.

Siempre que se ve un balcón con la dorada palma bendecida el día de Ramos, atada á los hierros, y entre ellos subiendo hasta tocar las barandillas los penachos de las plantas, se cree adivinar tras el microscópico pensil una belleza.

Hay, sin embargo, excepciones lamentables; las casas de empeño, por ejemplo, suelen tener muchos tiestos en los balcones; un usurero muy conocido hacía gala de cultivar dos magníficas adelfas; pero estas excepciones no destruyen la regla general. Las muchachas guapas suelen ser aficionadas á las flores.

*
* *

Las macetas se han aristocratizado mucho en estos últimos tiempos, y han pasado desde el balcón á los salones. Tibores japoneses, vasos de Sèvres y de Sajonia sirven de receptáculo á las plantas de invernadero, que son adorno principal en las estancias modernas.

Pero la maceta característica de España es la de barro cocido pintado de rojo y llenita de tierra morena; que es la buena para claveles, según dice la copla que reza que la mujer debe ser para el hombre morenita y con desdenes.

Esas macetas las hay en España en muchos balcones y en muchas sepulturas. En los primeros son sonrisas, y en las segundas lágrimas. Bien es verdad que la lágrima no es la mayor parte de las veces nada más que el recuerdo de la sonrisa.

Madrid. KASABAL.



A ESPRONCEDA

SONETO

¡Bien hiciste en morir! Tu alma bella,
pura como la luz de la alborada,
cayó del alto cielo despeñada
y en acerbo dolor corrió tras ella.

Nadie acogió tu lánguida querella,
inspiración febril de un alma osada,
¿cómo en la densa noche de la nada
puede brillar la refulgente estrella?

Atleta del amor, del pensamiento,
tu ingenio colosal labró tu losa.
¡Cuánta tristeza al contemplarla siento!

Sólo un cadáver recogió la fosa,
que tu gran corazón noble y profundo
hecho á pedazos repartióse el mundo!

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

DE VUELTA DE PARÍS



—¿Conque ha estado usté en París?
—Un año largo.
—¿De modo
que lo ha visitado todo?
—Todo, no, querido Luis,
pues lo gracioso y lo bueno
es que, aunque verlo intenté,
jamás pude ir á *Complet*...
¡siempre iba el ómnibus lleno!

EPIGRAMA

—¿Tú arrancaste de este libro
varias hojas, picarona?
—Yo no, papá.
—¿Pues quién fué?
—Se habrán caído ellas solas.
—¿Quieres mofarte de mí?
—¡Si no lo digo por mofa!...
¡como es otoño y empieza
la caída de *las hojas!*...

EL VULGO

I

Un extranjero pasó
junto á la huerta de Juan,
y observando con afán
el verde suelo, exclamó:
—¡Al fin encuentro la tierra
que ha sido siempre mi sueño:
de fijo no sabe el dueño
todo el tesoro que encierra!
Y volviendo el rostro, al ver
que le observa aquel buen chico,
concluye:—Yo te haré rico
si me la quieres vender.—
Pero el labriego, que oyó
con ansiedad manifiesta
de un tesoro hablar, contesta
con acento firme:—¡No!
—Pues no olvides mis palabras,
que si al trabajo te avienes
toda tu fortuna tienes
en esa tierra que labras.—
Dirigióse hacia la puerta
saludando al campesino,
y prosiguió su camino
mirando otra vez la huerta.

II

—¡Caso bien extraordinario!
¡Nada menos que un tesoro!...
Tal vez plata; tal vez oro...
¡Pues buscarle es necesario!...
Buscarle... Sí... Pero ¿dónde?
Es preciso proceder
con gran tino, hasta saber
el sitio en el que se esconde...
Cavaré de arriba abajo
la tierra, y esto es lo fijo...
¡Por algo aquel hombre dijo
que me costará trabajo!—
Y entra el labriego en la casa
para contarle después,
como buen marido que es,
á su mujer lo que pasa.

Acordes en una idea
que les da tanta alegría,
comienzan desde aquel día
la rudísima tarea;
y los sembrados destrozan,
y los árboles descuajan,
y aun cuando en balde trabajan
nadie sabe lo que gozan
al pensar que á lo mejor
pueden hallar el tesoro
que enterraría algún moro,
según piensa el labrador.
De este modo pasa un año,
y hartos ya de rebuscar,
empiezan á sospechar
que es el tesoro un engaño;
y ante un fin que les aterra
se miran los infelices
entre un montón de raíces
arrancadas de la tierra.
Luego con agitación
dice Juan á su mujer:
—¡Sin duda que debe ser
ese extranjero un bribón!—
Y apoyándose en la azada,
piensa el pobre conmovido
que el tesoro está perdido..
y la huerta destrozada.

III

Vuelve allí, al año siguiente,
el extranjero otra vez,
y empalidece su tez
viendo lo que tiene enfrente.
—¿Qué has hecho, desventurado?—
le pregunta al labrador.
Y Juan, con sordo furor
responde:—¡Me has engañado!
Ya mi candidez deploro:
cuando este suelo miraste,
de un gran tesoro me hablaste
y no existe tal tesoro!
—Pues viendo esta tierra ¿quién
al punto no lo deduce?
—¿Dónde está?
—¡En lo que produce
cuando se la cuida bien!

LUIS DE ANSORENA.

Madrid, 1888.

¡BUENA CAIDA!



—¿Conque ha caído Simón
sobre tí, desde el balcón,
sin matarte ni matarse?
—¡Y lo bueno es que el bribón
no quería *levantarse!*

EPIGRAMA

—¿Ha venido el cura?
—Sí.
—¿Y la novia?
—Está en su sitio.
—¿Y el novio?
—No se le encuentra;
desde ayer nadie le ha visto.
—¿Habéis registrado bien
el *huerto de los olivos?*

EL MILONGUERO

(TIPOS QUE SE VAN)

Á MI BUEN AMIGO, EL DISTINGUIDO ESCRITOR SATÍRICO Y FESTIVO POETA, D. CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

El *milonguero* es bien conocido en las Repúblicas del Plata. Hay en su tipo algo del *payador*, admirablemente descrito por Ascasubi, el poeta gaucho,—con la diferencia que éste abarca más dilatados horizontes, y eleva su inspiración improvisando, al compás de la guitarra, desde la entusiasta canción patriótica que electriza, hasta el sentimental *triste* que conmueve,—mientras que el otro cultiva un género especial, eminentemente acentuado, y con un sabor *orillero* que encanta al compadraje.

Hay, además, otra distinción que hacer. El *payador* es tipo exclusivamente campestre; es el trovador de nuestras cuchillas, que tiene por escenario las *taperas* y *pulperías* de campaña. Al *milonguero* sólo se le encuentra en los centros de población. Los parajes en que se exhibe, son los cafetines de los suburbios y casas de baile y juegos, conocidas por *academias*, donde se reune lo más selecto de los compadres de baja estofa.

Ignórase dónde se cantaron *milongas* por vez primera. Algunos aseguran que son originarias de los pueblos del campo, generalizándose después en los departamentos y extendiéndose, por último, hasta la capital.

Pocos ejemplares de legítimos *milongueros* se encuentran ya entre nosotros. La mayoría de los que así se titulan, no son más que imitadores rutinarios, ó cantan lo aprendido de memoria, careciendo de aquella inspiración descuidada de los primitivos, pero las más de las veces original y graciosa.

Es cierto que todavía existen algunos compadres de las orillas que entonan *milongas*, y más cepillados por el roce, incluyen en su repertorio variados temas; pero les falta espontaneidad. El refinamiento de las costumbres concluirá por hacerlos desaparecer de la escena, y dentro de algunos años no quedarán sino recuerdos de lo que fueron.

Se podrían hacer varias clasificaciones de las *milongas*, pero evitémoslo diciendo que las más generales y aceptables son las *criollas*, como llamamos á las nuestras, y las *porteñas*, más quebrallonas por la entonación especial del canto y el característico acompañamiento de bordoneos.

Sábese que en campaña es siempre bien recibido el *payador*, tipo del que se conservan hoy raros modelos, y que muy pronto sólo vivirá en la leyenda, abultado por la fantasía popular. Si aparece uno de *larga fama*, tiene auditorio numeroso, compuesto del gauchaje, que viene á escucharlo desde varias leguas á la redonda.

Nada más curioso, en esas poéticas noches estivales, cuando brilla con toda esplendidez la argentina lámpara del espacio, que escuchar, al lado del *rancho de totoras*, la cifra de *contrapunto*, intencional, á veces pérfida, cruzada entre dos paisanos, que se disputan la victoria del canto, en original y reñida justa.

Entre los *milongueros* sucede algo semejante, aunque el centro y el público sean diversos. Empieza uno improvisando sobre tema dado por el auditorio, ó á su elección, según convenio, y le *retruca* el otro, tomando como punto de partida la esencia de la estrofa.

EJEMPLOS DE ESTILO DELICADO

Con la guitarra en la mano
ninguno el poncho me pisa,
y hago bramar el oceano,
y hago suspirar la brisa.
—Y yo, cuando al viento *largo*
el eco de mi pesar,
se vuelve lo dulce, amargo,
y el río se vuelve mar.

ESTILO QUEBRALLÓN

No hay un cantor que me cuadre
cuando mi guitarra gime,
ni perrito que me ladre,
ni zonzo que se me arrime.
—A usted pongo por testigo
que en cantos de contrapunto,
es malo que á un zonzo, amigo,
se le aparezca un difunto.

De ahí sigue una serie de *compadradas* que suele durar horas y horas, concluyendo al fin los cantores, cuando se

halla agotado su ingenio, por hablar de *bueyes perdidos*, si es que no termina la sesión á ponchazos.

El legítimo orgullo del *milonguero*, que refleja en muchos de sus rasgos al *payador*, consiste en salir airoso de tales torneos, para dejar mejor sentada su fama en *el pago*, si es bien conocido. Y en caso de ser novel, para labrar su reputación de golpe, con uno de esos ruidosos triunfos que se comentan durante muchos días.

Cítanse ejemplos de *payadores* que se han dado la muerte después de una derrota para ellos vergonzosa. Respecto de *milongueros*, no he oído decir que alguno llevase su *honrosa susceptibilidad* á tan violentos extremos. Cuando más, rompieron sus guitarras, por considerarse indignos de volverlas á pulsar, haciendo formal promesa de no tomar nunca los instrumentos, ni siquiera para templarlos.

Yo escucho siempre con agrado al *milonguero* de ley, como escuché al *payador* en los albores de mi niñez. En ellos está encarnada cierta poesía natural, y la inspiración ilumina por instantes la noche de sus cerebros, á la manera que un espléndido cometa las noches del mundo físico.

Pero tengo el capricho de creer que las *milongas* deben ser oídas donde precisamente no se cantan: en el campo. Allí tendrían un sabor más local, más *criollo*, en toda la acepción genérica de la palabra.

Y si se quiere más poesía, bajo la *enramada*, por cuyos claros filtran, como hebras de oro pálido, los rayos de la luna, ó teniendo por única techumbre la azulada bóveda, en esos momentos de soledad y misterio, cuando la Naturaleza reposa.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

EPIGRAMA

—Yo nunca estuve, en cuestión
de géneros literarios,
por *el ligero*...
—Ya sé
que cultivas *el pesado*.

LOS BAÑOS



—Osté estar siempre en el baño.
—¡Si el agua mi dicha fragua!
yo sólo vivo en el agua.
—A mí el agua hacerme daño.
—¿Dónde hallar más placenteros
instantes, por vida mía?
Mi padre en ella solía
pasarse... ¡meses enteros!
En teniéndola delante,
jamás mostrósele tibio.
—Pero... ¿su padre era anfibio?
—Era capitán mercante.

EPIGRAMA

—¿Es muy grande tu familia?
—¡Numerosísima!... cuenta:
esposa, suegros, dos hijos
y diez cuñadas... solteras.
—Diez... ¿y solteras? ¡demonio!
¿y servidumbre?...
—No creas;
con ser tantos, no hay en casa
más allá de una doncella.

ESPERANDO

—Las diez. No puede tardar.
¡Como que debió salir
á las ocho! Va á decir
que ha tenido que velar.
¡Dos horitas de plantón
sólo por su linda cara!
¡Hombre! ¡Ni que yo acabara
de venir de Tarancón!
Nada, esta noche la digo
que no hago más el pelele;
si quiere velar que vele,
pero que vele conmigo.
Al fin y al cabo Consuelo
no me entusiasma de veras,
y estoy ya de costureras
hasta la punta del pelo.

—

—Ya se ha marchado mamá,
y estoy solito en la casa
con la niñera. ¿Qué pasa?
Oigo pasos. ¿Quién será?
Me han dicho que no me mueva
y que no grite tampoco,
porque va á venir el coco
y si lo sabe me lleva.
¡Ay! ya llama. ¡Qué sudores!
Me va á comer si me ha olido.
¡Tiene espuelas! oigo el ruido...
¡debe ser de los peores!

—

—Anda, pide á ese que llega
que parece señorito.
—Caballero, un centimito
para mi madre, ¡que es ciega!

—

—Anda, véte, vida mía,
que va á venir mi marido,
y aunque ya me ha sorprendido
de este modo el otro día,
puede que haga una trastada
y hasta me prohiba verte,
porque tiene el genio fuerte
y se incomoda por nada...

—

—No salen esas mujeres,
es decir, esas... señoras.
Llevo aquí más de tres horas
y el ministro ¡que si quieres!

Y todo por un estanco
que al cabo no me han de dar.
Yo creo que voy á echar
raíces en este banco.
¡Se necesita paciencia!
¡Y esas chicas no se van!
Pero, Señor, ¿qué tendrán
que decir á Su Excelencia?
No tiene perdón de Dios
quien gasta tanta parola,
porque si fuera una sola
lo comprendo... ¡pero dos!

—

—Un poco alzado el vestido.
Así. La boca entreabierta.
Y de par en par la puerta
para que entre y no haga ruido.
¡Hola! Se ha parado un coche.
¡Vamos! Ha venido pronto.
Me haré la dormida. ¡Es tonto
si no se atreve esta noche!

—

—Con esa intranquilidad
no hay un cristiano que rece.
Van doce misas ó trece
¡y no viene Trinidad!
Empezaré otro rosario...
¡Tengo la gloria segura!
Lo más grave es que ese cura
que está en el confesonario
acabará por llamarme,
porque ha creído que estoy
esperando vez... ¡y voy
á tener que confesarme!

Sinesio Delgado.

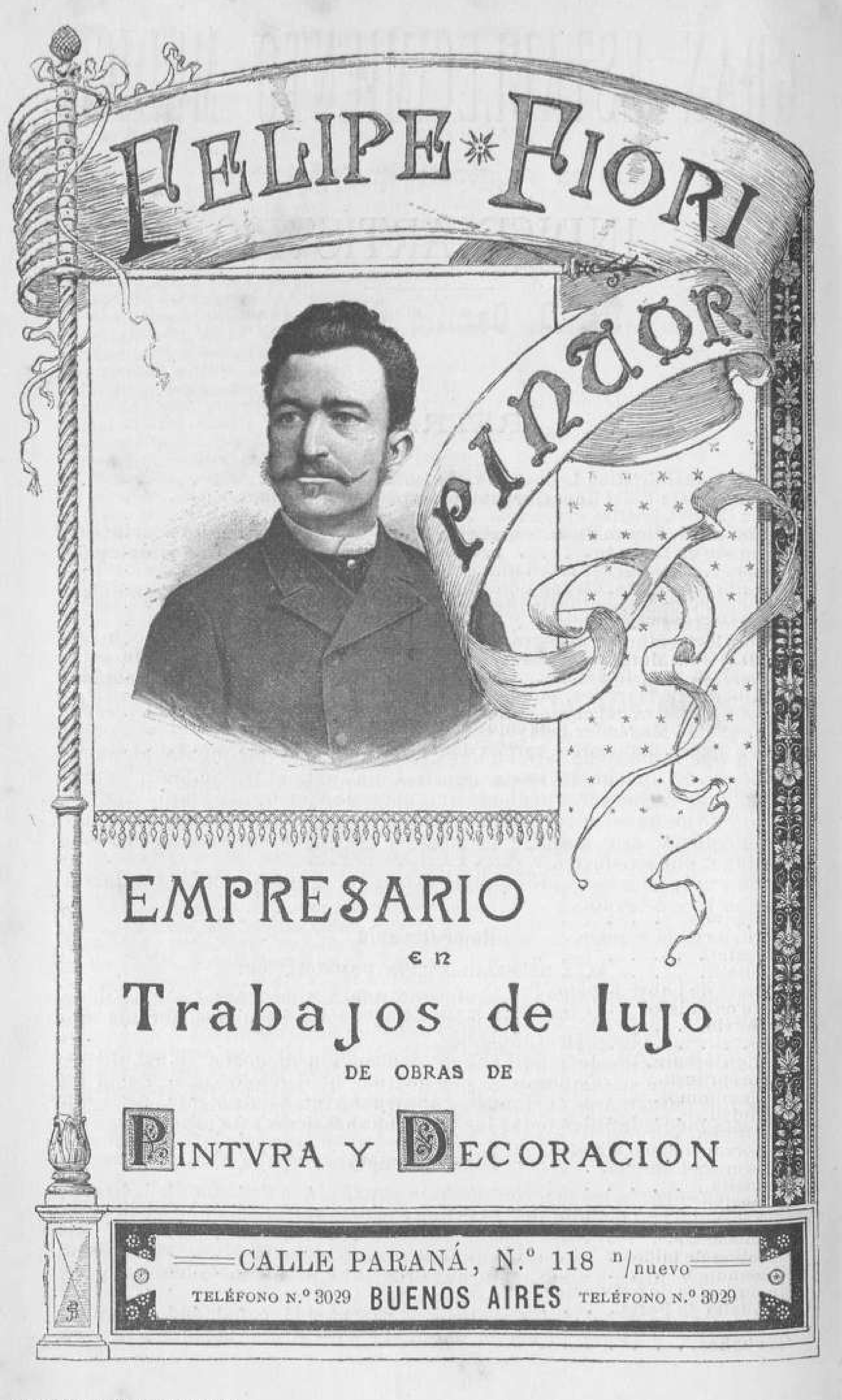


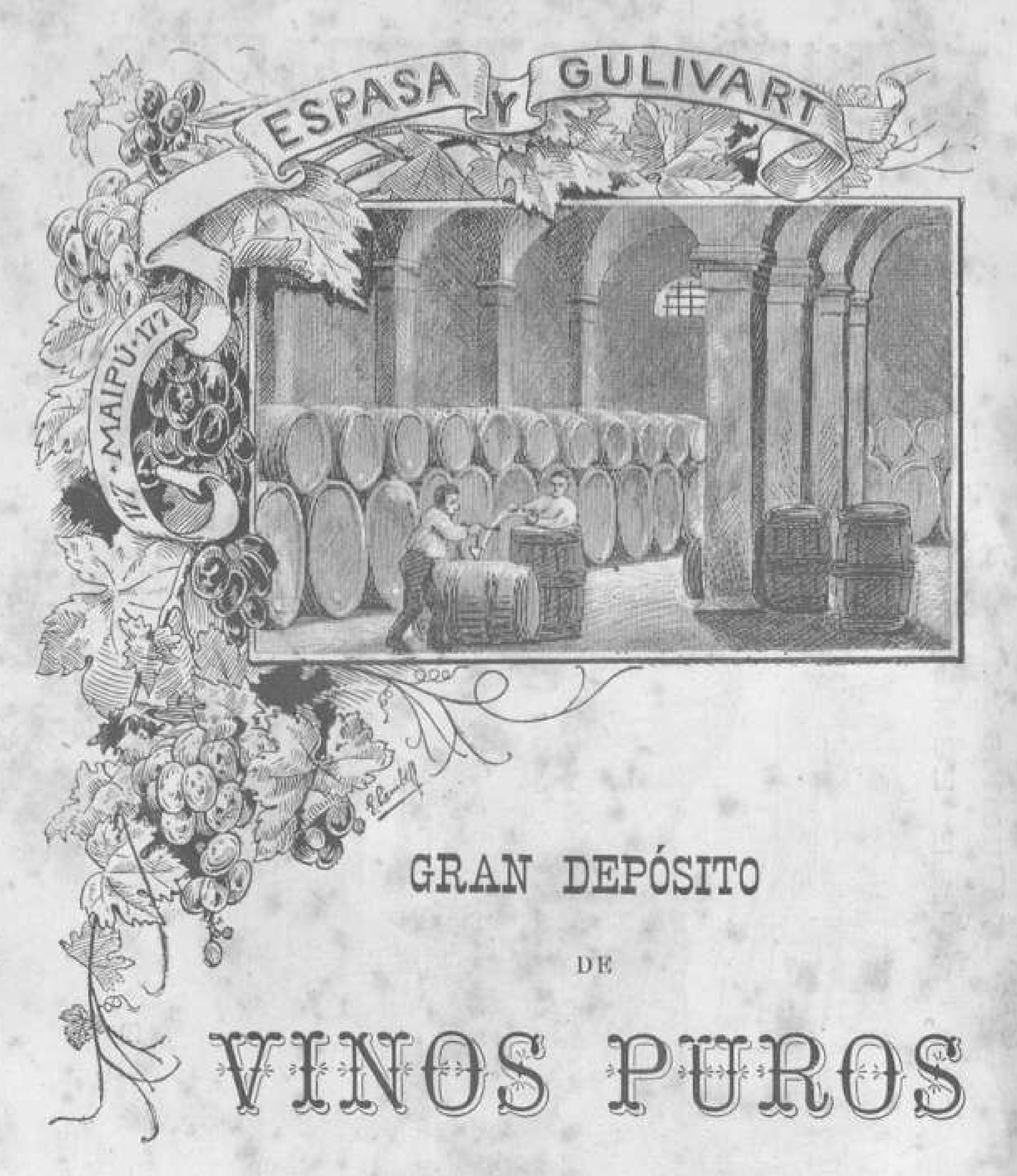
ÍNDICE LITERARIO

INDICE ARTÍSTICO

RETRATOS

VARIEDADES


FELIPE FIORI
PINTOR
EMPRESARIO
EN
Trabajos de lujo
DE OBRAS DE
PINTURA Y DECORACION
CALLE PARANÁ, N.º 118 n/nuevo
TELÉFONO N.º 3029 BUENOS AIRES TELÉFONO N.º 3029



GRAN DEPÓSITO

DE

VINOS PUROS

DEL

PRIORATO Y ARAGON

Servicio esmerado de los más ricos vinos de las indicadas comarcas. — Completo surtido de vinos de mesa y especiales, lo mismo en las clases usuales que en los rancios más exquisitos de los principales cosecheros.

SE SIRVE A DOMICILIO